

DISCURSO DEL Prof. CLIVIO NARIO, EN NOMBRE DE
LA SOCIEDAD DE CIRUGIA DEL URUGUAY

La Sociedad de Cirugía de Montevideo considera el tributo de un homenaje al Dr. Eduardo Lorenzo como un imperativo categórico, un acto de alta justicia y una exteriorización de perdurable gratitud.

Los que hemos recorrido las etapas de la Institución desde sus más tempranas épocas unidos por un deseo ferviente de mejoramiento y acicateados por un sentimiento de alta jerarquía, volviendo nuestra mirada hacia ese pasado venturoso; apreciamos con singular destaque la silueta inconfundible y magnífica de Eduardo Lorenzo contemplándonos con su sonrisa benévola y su tolerante displicencia.

Nos acompañó con su adhesión y su fe, asistió a nuestras sesiones a veces borrascosas y a veces tranquilas, convivió con nosotros las amargas de las desapariciones irreparables y ayudó con su temperamento bondadoso a clarificar los enturbiamientos provocados por las turbulencias inevitables de la discusión y de la crítica.

Fué de los nuestros porque su vasta y profunda cultura médica siempre tendió a colocar al amparo de la cirugía general su querida especialidad, a quien le dedicó su vida entera, su caudal intelectual todo, y sus afanes más íntimos.

Fué de los nuestros porque educado en otro medio sabía que la base de toda personalidad prominente no reside sólo en el conocimiento profundo de su arte, que él poseía en grado superlativo; sino también en la amplitud básica del conocimiento general y de la cultura extramédica que él finamente apreciaba como un degustador de insatisfecha curiosidad.

Llegó de vuelta a nuestro país desde esa Francia hermosa y sublime, desconcertante y grandiosa; de esa Francia que renacerá después del cautiverio purificada en su propio martirio; con un enorme caudal adquirido en contacto con los grandes ciru-

janos que readaptaron la Escuela Francesa a mediados del siglo pasado y le confirieron un brillo inigualado.

Lejos de encerrarse en su consultorio o en su sitio de trabajo como un simple solitario, desde el primer momento se dedicó a enseñar su profundo saber en una acción constante de todos los días y de todas las horas, con una irresistible vocación tanto más abnegada cuanto más primitivo era aún el medio en que le tocaba actuar.

En el Servicio del Prof. Alfonso Lamas, en el Hospital Pasteur, en su clínica privada, siempre este estupendo maestro enseñó incansablemente con el mismo ritmo sin desfallecimientos, con la misma veracidad sin concesiones personales, con la misma honestidad ejemplar sin recriminaciones.

Cuando no existía cátedra de vías urinarias por imperio de la acción universitaria, este hombre bueno y sencillo, claro y limpio, acometió una obra admirable y modesta, pero grande; porque creó ciencia y enseñó que cuando se posee un caudal técnico no se tiene el derecho de cerrarlo egoísticamente en un gesto de censurable goce personal.

Su conocimiento de la especialidad que cultivó era vastísimo y su versación en todas sus posibilidades proverbial. Pero más admirable era verlo frente al enfermo plantear con tanta seguridad y eficacia la indicación operatoria o terapéutica que manejaba con un arte estupendamente afinado y establecer el valor de una ecuación vital que siempre resultaba sorprendentemente acertada.

Respetuosos de la vida ajena, proporcionados sin vanidades, armónicos y fuertes surgían el diagnóstico y el tratamiento como un molde compacto y sólido, donde el enfermo quedaba cómodamente encuadrado sin esfuerzos dialécticos.

Esta es la obra a grandes rasgos de esta figura de singular prestancia.

Otros distinguidos colegas dirán lo que nos está vedado: su acción en la Urología del país.

Pero existe en la vida de Eduardo Lorenzo un aspecto que ahora desaparecido, aquilatamos en todo su elevado valor mirándolo con los ojos con que se mira hacia la eternidad.

Hay hombres que se hunden en el pasado y pierden su brillo y su perfil y se esfuman en la bruma del olvido.

Nada puede resucitarlos en el recuerdo porque les falta la dimensión de las almas mientras conservan la del cuerpo.

Pero existen otros que viven con nosotros después de muertos y conservan su estatura espiritual y se proyectan en nuestra vida diaria tal como fueron.

Son hombres resistentes al olvido, y su recuerdo nos evita a menudo una desviación ética o nos indica una ruta de verdadero deber.

Son pequeños faros que iluminan nuestra oscuridad y son guías de nuestro vacilante destino.

Lorenzo pertenece a esta última categoría porque poseía lo que falta a muchos hombres eminentes: tuvo *grandeza cotidiana*.

No se trata de esa grandeza heroica, que aparece una vez en la vida de los grandes hombres, que es la que nos apasiona en la historia del mundo y que a menudo fué más un impulso inconsciente que una acción coordinada.

Me refiero a esa tendencia constante y diaria, que conduce a ciertos hombres a jerarquizar todos sus actos, a conferirles altura moral, a crear a su alrededor pequeños actos grandes y a enseñar con el ejemplo que en la vida existe algo más importante que el aliento vital, y ello es la soberanía de la justicia y del deber; la ponderación de los derechos, aún del adversario; la limpieza de las intenciones; la nobleza de la defensa frente a la agresión descomedida; el desprecio tranquilamente valiente frente a las pequeñeces de la condición humana.

Lorenzo vive entre nosotros y cada vez más con nosotros porque desde su pasado inmune nos sigue viendo con su mirada tranquila de hombre integral y conservando ese su gesto noble de gran señor que engrandeció su vida, ensanchó el campo espiritual de su benéfica acción, y reforzó el armónico latido de su hermoso corazón.

La Sociedad de Cirugía de Montevideo al rendirle este homenaje levanta su agradecimiento emocionado como una lámpara viva, frente al altar de su recuerdo inextinguible.